





**PUDIMOS SER HÉROES**



[10]

# PUDIMOS SER HÉROES

**Graziella Moreno**



menos**cuarto**

Colección *SeisDoble*

Coordinada por Antonio Parra Sanz

© Graziella Moreno Graupera, 2025

© de esta edición, MENOSCUARTO EDICIONES, 2025

Ilustración de portada: MIGUEL NAVIA

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

ISBN: 978-84-19964-34-2

Dep. Legal: P-83/2025

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES, S.L.

Cardenal Almaraz, 4-1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro se ha elaborado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.

Tú, tú puedes ser mala.  
Y yo, yo beberé todo el tiempo.  
Porque somos amantes, y eso es un hecho.  
Sí, somos amantes y eso es así.  
Aunque nada nos mantendrá juntos.  
Podemos vencerlos por los siglos de los siglos.  
Podemos ser héroes, solo por un día.

*Héroes*, DAVID BOWIE

«La verdad es la oscuridad, y lo único que importa es hacer una declaración de principios antes de entrar en ella. Abrir un corte en la piel del mundo y dejar una cicatriz. A esto se reduce la historia, al fin y al cabo: a tejido cicatricial.»

STEPHEN KING





# 1

Mientras estés tú. Mientras esté yo.

Él ya no está, al menos, no aquí, con ella. Y ella cada vez se siente más lejos de todo. Apenas ha dormido, y, al despertar, por un momento no ha sabido quién era. Ha observado detenidamente sus manos, sus brazos, ha cerrado los párpados para volverlos a abrir y enfocar la mirada. Sin cambios. Sigue sintiéndose atrapada en un cuerpo que respira y anda, que experimenta hambre y sed, que reacciona a los estímulos de forma independiente a su voluntad. Un cuerpo que la traiciona, cuando lo que desea es desaparecer. Alcanzar el olvido, la nada. Una forma de conseguir que la ausencia deje de doler. Y la culpa. Esa es la que corroe, la que hace que se encoja hecha un ovillo sobre las sábanas.

Ahora. En la playa, descalza, y caminando hacia la orilla. Un viento helado hiere su cuerpo desnudo. Todavía está oscuro, aunque el tímido sol de febrero no conseguirá disipar la niebla que cubre la ciudad y que augura otro día gris. El mar está en calma, invita a sumergirse, a dejarse mecer para siempre. Una muerte elegante, casi

romántica. Fin de la escena. Aunque tal vez esa no sea la decisión correcta. Al menos no para él. Ni para ella. Todavía puede sentir el hilo invisible que los une a pesar de la distancia y del tiempo; cada día que pasa se estira más y más. Corre el riesgo de romperse. Porque, ¿cuántos años han de transcurrir para que vuelva a oler su piel, a llenarse de él, mirarse a los ojos? ¿Diez, veinte? No lo recuerda. En cualquier caso, son demasiados, no hay consuelo posible en la ausencia. Sabe que, si pudiera, él le diría que tiene que ser fuerte, que la solución no es seguir caminando hacia el horizonte hasta que el mar la cubra por completo y dejarse ir sin poner resistencia. Eso sería lo más sencillo, lo más cómodo. Lo más cobarde. Lo que ha hecho siempre. No debe olvidar que tiene la llave que puede cambiarlo todo. Se trata de encontrar la cerradura adecuada.

El agua le llega hasta el pecho. Está temblando, no aguantará mucho más. Se detiene. No puede darse por vencida, todavía no. Él la necesita.

Podemos ser nosotros, le dijo ella antes de separarse. Pero ya era demasiado tarde. No tuvo tiempo de cantar su última canción. Una de princesas y de príncipes sin final feliz. Porque hay historias que ya están escritas.

Y creer que podemos cambiarlas es de imbéciles.

## 2

El tipo huele a cebolla. Mejor dicho, como un saco de cebollas pudriéndose al sol en un día de pleno verano. Sonia Ruiz no es la única que lo percibe; una mujer de cabello liso veteado de gris con un flequillo que casi le llega a las gafas, sentada al otro lado del pasillo del vagón del AVE, se tapa la nariz con un pañuelo de papel mientras lee una novela negra, a juzgar por la portada. Sonia, sentada delante del individuo, hace lo propio con la capucha de su anorak, pero el olor se cuela irremediabilmente en sus narices.

El tipo ha subido en Zaragoza, y para desgracia de los viajeros del vagón del silencio, no se ha bajado ni en Lleida ni en Tarragona. El tufo lo impregna todo, se incrusta en el cerebro. Tras atravesar el enésimo túnel, Sonia decide levantarse y quedarse en la plataforma para respirar algo de aire medianamente puro. Antes de cruzar la puerta, por pura deformación profesional, echa un vistazo al hombre que no conoce el desodorante. O tal vez solo sea cuestión de agua y jabón. Cincuenta años mal llevados. Sin corbata, embutido en un traje marrón que

ha vivido tiempos mejores y una camisa que es de todo menos blanca. Cuatro pelos mal peinados sobre un cráneo salpicado de manchas. Gafas de pasta negra que agrandan unos ojos saltones fijos en la pantalla que cuelga del techo, por la que pasan los títulos de crédito de una película francesa. La papada que descansa sobre el cuello de la camisa y las mejillas caídas le dan aspecto de un *bulldog* melancólico. Y apestoso.

Un mensaje de Esther en el móvil. Que si ha llegado ya a Barcelona, y que no se preocupe por Pablo. El gato está tan bien que ni la echa de menos. Sonia responde a su amiga con un «no esperaba otra cosa» y un emoticono, y vuelve a abrir el correo que le ha mandado su cliente. Si todos los encargos fuesen iguales, puede que la jubilación esté más cerca de lo que piensa. Cumplidos los cuarenta, sus últimos casos no le han reportado más que mucho trabajo y pocos ingresos, por lo que no pueden hacerse ascos a las cifras que cuentan con unos cuantos ceros a la derecha. Hay que pagar el alquiler del despacho, los recibos, comer, vivir mínimamente. Ese tipo de cosas.

No entraba dentro de sus planes salir de Madrid, aunque lleva una temporada larga sintiéndose inquieta, aburrida, levantándose todos los días para repetir las mismas rutinas una y otra vez. Últimamente no consigue pegar ojo, solo sabe pelearse con las sábanas. Será la ciudad, el barrio, la gente, será ella misma que no se en-

tiende. Ve poco a sus amigos; a Esther, en contadas ocasiones, y con Pau hace meses que ni siquiera habla por teléfono. Necesita un cambio, así que bienvenida una estancia en Barcelona, aunque sea por poco tiempo. Quién sabe, igual se enamora de la playa, del pan con tomate, se pone a estudiar catalán. Cosas más raras se han visto.

—Es un asunto confidencial y personal. Muy delicado —dijo el abogado recostándose en su butaca de piel mientras desviaba la mirada hacia el ventanal desde donde se divisaba el paseo de la Castellana bajo una lluvia torrencial—. Muy delicado —repitió por si no había quedado claro y la miró muy serio. No prodigaba sonrisas.

Sonia esperó a que continuase, hundida en una silla de diseño frente a la mesa del despacho de su cliente, muy estilizada, pero poco anatómica. El respaldo era rugoso y se le clavaba en la parte baja de la espalda como si fuese el colchón de pinchos de un faquir. Es lo que tiene mezclarse con la gente bien. Se sintió fuera de lugar nada más subir los escalones que llevaban hasta las puertas de cristal de AZ Abogados Asociados. A pesar de cambiar su indumentaria habitual por un traje pantalón que guarda en el armario para ocasiones especiales, no estaba a la altura del lujo de uno de los mejores bufetes de Madrid, en una zona que ella no suele pisar. Demasiado lejos de Lavapiés. Hasta el conserje que recogió su paraguas iba más elegante que ella. Se respiraba profe-

sionalidad, sabiduría, dinero. Gente que con un chasquear de dedos te saca de los atolladeros más complejos, porque se conoce la ley del derecho y del revés, y hasta le remienda las costuras. Siempre y cuando vengas con la cartera llena.

Todo el mundo hablaba en susurros: los de recepción, las personas que se cruzó en su recorrido por pasillos interminables, la secretaria de gafas enormes y cara de muñeca antigua que le abrió la puerta del despacho. También su nuevo cliente, al que ha apodado Guiones, dados sus nombres y apellidos, en un total de seis, unidos los cuatro últimos por un guion que les otorga prestigio y señorío: Gonzalo Felipe Aguirre-Zoilo Peñaranda-Muñiz. Tremendo ejercicio de memoria. El abogado aparentaba estar en forma dentro de su traje azul marino. Poco más de sesenta años. Cabello gris que empieza a ralear, cejas tupidas y mandíbula prominente. Gafas sin montura. Especializado en asuntos relacionados con el comercio internacional y el derecho comercial, derecho mercantil y una larga lista de cosas en inglés que siempre queda más interesante. Premios, distinciones, miembro de honor en clubes exclusivos. Nada sucio, nada oscuro desmerece a Guiones; al menos que haya aparecido en Internet, y eso ya es mucho. Así que después de leer veinte veces el correo que le envió solicitando sus servicios, Sonia no encontró motivos para no acudir a la cita, más bien todo lo contrario.